

... Y OTROS ENGAÑOS:
LA DESOBEDIENCIA Y LA OBEDIENCIA

En nuestra reunión anterior tratamos de abordar dos engaños del diablo: el Amor Mundano, y el Espíritu Vagabundo, que tras su aparente frivolidad enmascaran actitudes vitales muy serias, y de gran actualidad. Hoy veremos otro de los vicios que tal vez nos es más familiar, y de una tradición milenaria que no lo honra precisamente: nos referimos a la Desobediencia, a la que refuta la virtud de la Obediencia, en la Tercera Parte del *Libro de los merecimientos de la vida*, de Hildegarda de Bingen.

Pero antes de ir a la presentación de la Desobediencia, veamos la impostación del tema según aparece en la misma obra: esa impostación se refiere a la relación e interacción entre el hombre y su mundo, en virtud del designio creacional, como lo afirma Hildegarda en *Las causas y los remedios de las enfermedades*:

Pues los elementos están sujetos al hombre, y a veces ejercen su actividad de acuerdo a la forma como son afectados por las acciones de los hombres. Porque cuando los hombres se agreden unos a otros con guerras, con atrocidades, con odio y envidia y con acciones hostiles, entonces los elementos se vuelcan hacia uno y otro modo contrario al que les corresponde, sea de calor o de frío, o bien con grandes desbordes e inundaciones. Y esto acontece a partir de la disposición primera de Dios, porque Dios creó los elementos de manera tal que obraran de acuerdo a las acciones de los hombres, puesto que son afectados por aquellas acciones: así que el hombre actúa con ellos y en ellos.¹

Resulta así la naturaleza investida como de cierta eticidad en su comportamiento, porque de esta forma la divina Sabiduría creadora y ordenadora ha dado a la ley natural una connotación ética, una resonancia moral, que se verifica en cada creatura de diferente manera. De ahí que, ante la queja de los elementos del mundo: “No podemos recorrer y cumplir acabadamente nuestro curso como nos fue prescripto por nuestro Maestro, porque los hombres, con sus malvadas acciones, nos han dado vueltas y trastornado como lo haría un molino. Por eso apestamos con fetidez y hambre de toda justicia”² Y Dios responde:

Los vientos se han vuelto roncos por la pestilencia y el aire vomita suciedad, porque los hombres no abren su boca a la rectitud. También la lozana fecundidad se seca por la inicua superstición de las multitudes perversas que establecen cada causa según sus deseos, y dicen: ¿Quién es aquel Señor a Quien nunca hemos visto? A los que respondo: ¿Acaso no Me veis a través del día y a lo largo de la noche? (*Rom.* 1, 20). ¿Acaso no Me veis cuando sembráis, y cuando la semilla es bañada por la lluvia y así crece? Toda creatura tiende a su Creador, y claramente conoce que alguien la ha hecho; pero el hombre es rebelde, y divide y esparce a su Creador en la multitud de Sus creaturas.³

Toda creatura tiende a su Creador: esta obediencia de las creaturas a su naturaleza, esta fidelidad a su propio ser, que es finalmente fidelidad y obediencia a su Creador y divino Ordenador, contrasta con la rebeldía del hombre, del único que puede hacerlo porque, paradójicamente, es el único que detenta el más preciado don de Dios: la libertad. Como haciendo un paréntesis, podríamos afirmar que aquí también se está apuntando ni más ni menos que al tema de la ecología o, más bien, de una ecología cristiana. Renate Craine, en su artículo “Hildegarda de Bingen: La Tierra tiene hambre de la plenitud de la Justicia” se refiere a lo que llama “la guerra ecológica”, y propone su tesis: “Habiendo perdido el sen-

¹ *Las causas y los remedios de las enfermedades*, p. 57, líneas 9-23.

² *El libro de los merecimientos...* 3, 1.

³ *Ibíd.* 3, 2.

tido de que la tierra es parte de un cosmos orgánicamente ordenado, tendríamos mucho que aprender de la sabiduría que Hildegarda expresa en su teología visionaria, que hace de la ecología una tarea espiritual.” Y plantea entonces a la libertad humana una opción entre dos términos: *viriditas*, esto es, vida, fecundidad lozana, fuerza vital, crecimiento, o bien *ariditas*, sequedad, esterilidad; esta opción supone la mirada de la fe capaz de ver la creación toda como espejo de Dios, en la armoniosa integración de cuerpo, espíritu y mundo. Y añade: “La palestra para esta decisiva elección por o contra Dios, por o contra las fuerzas del mal, por o contra la creación, y por o contra nuestro verdadero potencial es la vida de cada día.”⁴ En la misma línea de pensamiento dice el papa Benedicto XVI: “El consumo brutal de la creación comienza donde no hay Dios, donde la materia es para nosotros tan sólo material, donde nosotros mismos somos las últimas instancias, donde el conjunto es simplemente propiedad nuestra y lo consumimos sólo para nosotros mismos. Y el desperdicio de la creación comienza donde no reconocemos más alguna instancia sobre nosotros, sino que nos vemos solamente a nosotros mismos; comienza donde ya no existe alguna dimensión de la vida más allá de la muerte, donde en esta vida debemos acaparar todo y poseer la vida con la máxima intensidad posible, donde debemos poseer todo lo que es posible poseer.”⁵

Pero el hombre es rebelde: lo fue en aquel crucial momento en que quiso ignorar el precepto de obediencia impuesto por su Señor, y sigue siéndolo. Así desconoce el carácter supremo y único de su Creador y lo minimiza, atribuyéndolo en parcelas divididas a las creaturas, de las que consecuentemente espera algo —de cada una de ellas, algo— del todo que debiera esperar de su Dios, e impetra y espera ese algo de la manera como lo haría con la Divinidad: adorando y rindiendo el culto de una grosera idolatría, abierta o encubiertamente. Idolatría comete hoy todo hombre que con su vida, sus energías y sus esfuerzos, su tiempo, su dedicación y tanto más va en pos de la riqueza, el poder, la figuración, el conocimiento, el trabajo, el sexo..., legítimos bienes todos ellos cuando guardan la medida y el orden dispuestos por el Creador, pero ídolos cuando en su exceso y desmesura ocupan en la vida del hombre lugares que no les corresponden, pierden su valor relativo y se transforman en lo absoluto, esto es, en un ídolo. Es el engaño del diablo, que ocasiona todas las muertes: de los afectos, de los valores, de las virtudes, de la vida en comunidad, del bien común, la del mundo en que vivimos, la del cuerpo y la del alma..., la muerte de la Vida misma.

La idolatría consiste, en última instancia, en la erección de la voluntad personal como única y suprema, desconociendo la propia condición de creatura y la relación que dicha condición funda con la voluntad de Dios. Detrás de esta actitud no está tanto la falta de una creencia en Dios, sino la negativa a considerarlo como tal, con la aceptación de la relación de creatura-Creador que ello implicaría, del señorío de Dios y Su ley, y de la consiguiente obligación de la obediencia en cuanto a dicha ley. El hombre quiere adquirir el entero control sobre su propia vida, negando así la verdad de esa vida, la realidad que la experiencia le muestra a diario pero que él no quiere ver: su voluntad produce esas tinieblas que tornan ciega su mirada.

En este contexto y con tal magnitud vio la abadesa a la Desobediencia, y éstas fueron las palabras que escuchó:

Una cuarta imagen vi que tenía cabeza como la cabeza de la serpiente, el pecho cubierto de plumas como el pecho de la gaviota, y las piernas y los pies como las piernas y los pies de una víbora; pero la espalda, la cola y el resto del cuerpo eran semejantes a los de un cangrejo. Se movía de aquí para allá precipitadamente, como zarandeada por el viento, y mientras se movía agitaba las tinieblas ya mencionadas. Pero volviéndose hacia el norte arrojó mucho fuego por su boca. Y decía:

⁴ CRAINE, art. cit., p. 120 y 122.

⁵ BENEDICTO XVI. “Sobre la Creación y la ecología”, 6 de agosto de 2008.

PALABRAS DE LA DESOBEDIENCIA. “¿Por qué hemos de tomar en cuenta y respetar los mandatos de otros? Cuando esto hacemos, no vemos ni sabemos lo que somos. Nosotros nos consideramos legítimamente filósofos, y somos más sabios que otros. Por consiguiente, ¿no habremos de hacer lo que sabemos hacer? Por el contrario, lo haremos. Pues muchos maestros nos imponen preceptos según su propia voluntad y sus prejuicios: ¿y actuaremos como a ellos les place? ¿Qué es esto? Pues si yo viera los árboles llenos de hojas, y si entendiera todos los cantos y las voces de los pájaros, y si todos estos me dieran órdenes, yo no sabría finalmente qué puedo hacer. Pero lo que considero en mí mismo, conozco cuál es su virtud y cuál su utilidad, y entiendo para quién es saludable. Es mejor para mí, pues, hacer esto que conozco, que esto otro que no reconozco: porque lo que desconozco algunas veces es más nocivo que útil. Por consiguiente lo que veo y lo que toco y lo que entiendo con mis sentidos, esto es lo que debo hacer. Pero también veré y reclamaré de las creaturas lo que es saludable para mí y lo que me es adverso: porque Dios hizo que ellas me obedecieran sometiéndose a mis mandatos. ¿Por qué Dios las habría sometido a mí, si no pudiera manifestar mi poder sobre ellas? Y así consideraré en ellas lo que me place.”⁶

En el discurso de la Desobediencia advertimos claramente la demoníaca presencia – significada por la cabeza de la serpiente– con los que fueron sus cuestionamientos primeros: porque ya en sus frases iniciales aparece el engaño que dio título a nuestro trabajo. En efecto, el mentiroso planteo es: si escucho a otro y respeto su mandato, ya no sé quién soy. Es la afirmación de la autonomía absoluta y excluyente de toda otra instancia, o, dicho de otro modo, el “Seréis como dioses”. La quimera del hombre contemporáneo. La contrapartida de este planteo, la verdad sin espejismo alguno es que, si obedezco Su precepto, sé que es mi Creador y Señor, y sé quién soy: Su creatura, dotada con el don muy preciado de la racionalidad por la que así Lo reconozco, y el de la libertad por la que Lo acepto y escojo.

Pero la Desobediencia, según lo muestra en sus frases, se ubica muy en lo alto –como la gaviota lo hace por encima de los peces a los que atrapa con el modo de su vuelo–, significando así la soberbia y la voluntad de dominio que le son propios. Se afirma sabia y autosuficiente, principio único de sus acciones y despótica dueña de la creación toda, esgrimiendo para ello falazmente el divino ordenamiento creacional. La vanidad –que termina siendo necesidad– en cuanto a la propia capacidad intelectual y sus alcances, y la consiguiente soberbia y su sueño de un hombre señor de sí mismo, alientan una desobediencia que desoyendo la voz de los maestros pretende fundamentarse sólo en Dios y en Su designio creador, para avalar la ilusoria omnipotencia de quien a nada quiere sujetarse, y acaba sometido a todo. Vanidad, soberbia y desobediencia que reeditan, una vez más y siempre, el pecado del ángel y el del primer hombre. Por eso dice Hildegarda que:

La Desobediencia es el peor de los males, no quiere temer a Dios ni honra al hombre. Pues los que van en pos de este vicio se dicen a sí mismos: “¡Bah!, ¿qué vemos? ¿Y qué podemos hacer? No sabemos qué es esto que nos prescriben unos ciegos (*Mat.* 15, 14). Nuestra justicia es mayor y más útil que la de ellos. ¿En qué nos aprovecharía si cumplimos con esta obra que nos ha sido impuesta a causa de la envidia y del odio? De allí no obtendremos utilidad alguna, ya que a través de esto quieren dominarnos.”⁷

La Desobediencia, como vemos, descalifica al superior, al que trata de ciego porque, al no querer obedecer lo prescripto, lo supone irracional y arbitrario; y le atribuye la intención de un avasallamiento fundado en la envidia y el odio que, en realidad, encuentran en

⁶ *El libro de los merecimientos...*3, 9.

⁷ *Ibíd.* 3, 59.

ella su morada y son el motor de sus acciones.

Vayamos ahora a la glosa de la abadesa sobre la descripción de la imagen de la Desobediencia.

Ves que tiene cabeza como la cabeza de la serpiente, pues como fue inicialmente su propósito en la intención de la antigua serpiente, así también lo es ahora, persuadiendo al hombre para que no obedezca a Dios; y tiene el pecho cubierto de plumas como el pecho de la gaviota, porque con su ciencia hace que los hombres por su propia voluntad se eleven hacia lo alto y que, ignorando a Dios, remedan en esa altura no la prudencia sino la necedad, llevando a cabo absolutamente lo que les place.

Tiene las piernas y los pies como las piernas y los pies de una víbora,⁸ ya que encamina los pasos de esos hombres de acuerdo a la elección de sus deseos, apartándolos de la santa y bienaventurada sumisión, y empujando a esos que se oponen a Dios a la insolencia y la temeridad propias de su maldad.

Pero la espalda, la cola y el resto del cuerpo son semejantes a los de un cangrejo, porque la confianza que la misma desobediencia tiene en la vigorosa fuerza de su rebelión la lleva asimismo hasta el final de su obra, porque persevera en el mal. Por eso también todas las restantes combinaciones de sus perversas acciones ora proceden y avanzan con pertinaz audacia, ora retroceden con engañosa astucia, de manera tal que ni en una ni en otra conserva la estabilidad, sino que rechaza con perversos pretextos todo lo establecido en los preceptos de Dios y violentamente lo esparce a tontas y a locas a través de sus muchas burlas y desprecios.

Por lo cual se mueve de aquí para allá precipitadamente, como zarandeada por el viento, y mientras se mueve agita las tinieblas ya mencionadas: porque los hombres, cuando aman la desobediencia, no se conforman con un solo acto de rebeldía, sino que unas veces se mueven insolentemente de éste a aquél, y otras veces de aquél a éste, agitados por las artes diabólicas, por lo que en la conmoción de su exasperante inquietud se ponen en movimiento las perversidades de todos los vicios, pues por el mal de la desobediencia los hombres atraen a sí todos los vicios restantes.

Pero volviéndose hacia el norte arroja mucho fuego por su boca: esto es que se vuelve hacia aquel que, en el norte, quería oponerse a Dios con la temeridad de su desobediencia, ya que fue el primero que la produjo. Y por esto también vomita con su discurso los muchos incendios de los diversos vicios, y a nadie manifiesta la reverente obediencia debida, sino que con sus palabras quema y destruye a todos los que puede, como también ella misma lo confiesa, según se dijo.⁹

Sobre la mención del norte, se hace necesaria una explicación. En todas sus obras Hildegarda se refiere al Norte o Aquilón como la morada de Satanás (“Ascenderé al cielo, elevaré mi trono por encima de los astros de Dios; me sentaré en el monte de la Alianza, en la ladera **norte**; subiré más allá de las nubes, seré semejante al Altísimo”, *Is.* 14, 13-14), el lugar desde donde adviene al hombre todo mal. Bíblicamente el Norte aparece profetizado por Jeremías (1, 14-15) como el lugar desde donde el Señor enviaría sobre el reino de Judá al pueblo que había de someterlo a durísimo cautiverio –el siempre mentado cautiverio de Babilonia–, en castigo de su idolatría y su perversión; también en Ezequiel (38, 15) encontramos la referencia al Aquilón en términos similares. Por otra parte, la

⁸ Las patas de la víbora: más allá de algunas interpretaciones que, fundadas en la condena: “Caminarás sobre tu pecho y comerás tierra todos los días de tu vida” (*Gén.* 3, 14), suponen que con anterioridad a dicha maldición la serpiente tenía patas, en las *Etimologías* de San Isidoro de Sevilla (L. 12, c. 4: “De las serpientes”) encontramos que “*Draco* (dragón) es la mayor de todas las serpientes y de todos los animales de la tierra”, con lo que queda explicada la figura propuesta por Hildegarda.

⁹ *El libro de los merecimientos...* 3, 38.

orientación geográfica y la cartografía medieval hacen del Oriente el punto cardinal más importante, ya que es el lugar del inicio de la luz, la aurora del mundo con la creación de la primera pareja humana, y la plenitud de la Revelación con Cristo, el Verbo Encarnado; por consiguiente, es hacia el Oriente que mira el hombre para ubicarse, para “orientarse”, y partiendo de esa posición, el Norte queda a su izquierda, el Sur a su derecha y a sus pies, el Occidente o Poniente. Aquí confluye otra apreciación de antigua data, que otorga a la izquierda un sentido negativo y lo contrario a la derecha, como vemos en el famoso texto evangélico del Juicio Final: (*Mat. 25, 31-46*).

Y llegamos así a las palabras de la Obediencia.

RESPUESTA DE LA OBEDIENCIA. Mas de la nube tormentosa ya mencionada oí una voz que respondía a esta imagen: “Yo, que obedezco a Dios, tengo cierta atadura. ¿Pero cuál es, y cómo es? Cuando Dios hizo todas las cosas con Su Palabra (*Sab. 9, 1*), tal que dijo: Hágase, y fueron hechas (*Sal. 32, 9*), yo fui Ojo, y vigilé el mandato de Dios. Y así fueron creadas todas las cosas. Pero cuando el primer ángel comenzó a vivir, al punto se opuso a Dios; y yo dije que sus obras no tenían vida, porque quiso ser lo que no era. Intentó mordirme y aplastarme, pero no lo logró. Pues yo soy como el sol y la luna y las estrellas y la fuente de las aguas, y soy como la raíz en todas las obras de Dios, del mismo modo que el alma está en el cuerpo. Y como la voluntad en el hombre lleva a cabo lo que él desea, así yo soy en Dios la voluntad, cumpliendo todo lo que Él ha mandado. Pues estuve con Dios en el antiguo consejo; y a través de mí Dios ordenó todo lo que quiso realizar. A la voz de Su Palabra resoné como una cítara, porque soy Su precepto. Nada toco, nada quiero, nada deseo sino lo que está en Dios, porque de Él provengo y por Él comencé a existir y he crecido: y no quiero a ningún otro Dios. Pero tú, oh Desobediencia a los mandatos del Creador, en tu presunción dices que tú eres Dios, y así a nadie miras, sino que haces lo que quieres. ¿Dónde están el cielo y la tierra que creaste? ¿Y dónde está la belleza de los montes y de los campos que has establecido? Porque nada de esto hiciste, pero rechazas lo que Dios ha creado. ¿Cómo? Cuando tú hablas de ti misma, y cuando juzgas todas las cosas según lo que te place, no quieres a Dios, Quien ha existido antes de los días más antiguos, y Quien existirá luego de la mudanza del día postrero (*Is. 43, 10*). Por lo que tú, oh perversa, eres semejante a las hojas secas de los árboles y a las escamas de los peces, ya que como ellas serás desechada, porque tu nombre no es nombre de provecho alguno, sino que lo es de muerte.”

La respuesta de la Obediencia nos lleva nuevamente a la Creación y su Autor, y al “escenario cósmico” que religa necesariamente al hombre con su mundo, con una naturaleza que fue creada para él y que comparte su destino, según la frase paulina: “Porque la expectativa de la creación toda aguarda ansiosa la revelación de los hijos de Dios —pues la creación fue sometida a la vacuidad y la inconsistencia no de buen grado sino a causa de aquel que la sometió—, en la esperanza de que será liberada de la servidumbre de la corrupción en la libertad de la gloria de los hijos de Dios. Pues sabemos que toda la creación gime hasta hoy con dolores de parto...” (*Rom. 8, 19-22*). La figura misma del Hombre que, como vimos el miércoles pasado, encabeza cada una de las partes de este libro involucrando vitalmente a todos los elementos, lo reafirma, al tiempo que habla de la sacralidad del universo en tanto obra de Dios y expresión Suya, que el hombre debe ser capaz de percibir a través de todos sus sentidos, como bellamente lo expresa un escritor de nuestro tiempo, Umberto Eco: “En la visión simbólica, la naturaleza, incluso en sus aspectos más temibles, se convierte en el alfabeto con el que el Creador nos habla del orden del mundo, de los bienes sobrenaturales, de los pasos que hay que dar para orientarnos en el mundo de manera ordenada para adquirir los premios celestes. Las cosas pueden inspirarnos desconfianza en su desorden, en su caducidad, en su aparecérse nos fundamentalmente hostiles: pero la cosa no es lo que parece, es signo de otra cosa. La esperanza puede volver, por lo tanto, al

mundo, porque el mundo es el discurso que Dios hace al hombre.”¹⁰

De esto habla un cineasta del siglo XX, Pier Paolo Pasolini, cuando en una película suya: *Medea* –recreación de la tragedia griega del mismo nombre–, pone en boca del mítico Centauro estas palabras dirigidas a Jasón, niño entonces de trece años:

“Todo es santo, todo es santo, todo es santo. No hay nada natural en la naturaleza, muchacho, tenlo bien presente. Cuando la naturaleza te parezca natural, todo habrá terminado –y comenzará algo distinto–. ¡Adiós cielo, adiós mar!

[...]

... Mira allá abajo... aquella franja negra en el mar lustroso y rosado como el aceite. Y aquellas sombras de árboles... aquellos cañaverales...

En cada punto donde se detienen tus ojos, está escondido un Dios!

Y si por casualidad no está, ha dejado ahí la huella de su presencia sagrada, o silencio, u olor a hierba o frescura de aguas dulces...”¹¹

La contrafigura de esta sacralidad del universo, de esta expresiva presencia de Dios que habla al hombre, está dada por dos momentos de la película: la primera, un desgarrador lamento de Medea –magistralmente interpretada por María Callas–, enfrentada a un mundo racionalista desprovisto de religiosidad; la segunda, la indicación del cineasta para otra escena que también protagoniza Medea:

“¡Aaah! ¡Háblame, tierra, hazme sentir tu voz! ¡No recuerdo más tu voz!

¡Háblame, sol!

¿Dónde está el punto desde el cual puedo escuchar vuestras voces? Háblame, tierra; háblame, sol.

¿Tal vez os estáis perdiendo para no regresar más?

¡No siento más lo que decís!

¡Tú, hierba, háblame! ¡Tú, piedra, háblame! ¿Dónde está tu sentido, tierra? ¿Dónde te reencuentro? ¿Dónde está la unión que te ligaba con el sol?

¡Toco la tierra con los pies y no la reconozco!

¡Miro el sol con los ojos y no lo reconozco!”¹²

“Medea se mueve, observando alrededor todas las cosas que tenían para ella un significado tan grande, profundo y vital. No responden a su mirada. Están como precipitadas nuevamente hacia atrás, en lo insignificante: son cosas muertas.

Desesperadamente Medea vaga entre ellas. ¿El árbol? Es un viejo y triste árbol cualquiera. [...] ¿Los objetos sagrados? Pobres objetos, abandonados allí, en la penumbra, inertes.

El espanto de Medea es terrible: se siente enloquecer en ese silencio y en ese natural vacío de la realidad, que parece mostrar su verdadero, indescifrable rostro...”¹³

El hombre contemporáneo, seducido por los alcances de una ciencia cuyos límites se niega a reconocer, engolosinado con el poder de una técnica que usa sin discernimiento ni consideración, y creyéndose comunicado y relacionado cuando tan sólo está invadido y aturdido por los diversos medios de comunicación y más aislado que nunca, ha perdido la actitud contemplativa ante lo dado: ya no admira ni respeta, no agradece ni reverencia... Para muchos hombres la realidad carece hoy de profundidad, de misterio; es algo que pueden manipular y transformar incesantemente para producir seres humanos más o menos seleccionados en función de tal o cual fin, para modelar artificialmente cuerpos en pos de una eterna juventud y sin reparar en los riesgos para la salud y la vida misma, para clonar

¹⁰ ECO, UMBERTO. *Arte y belleza en la estética medieval*, p. 70.

¹¹ PASOLINI, PIER PAOLO. *Medea* (guión cinematográfico), Escena 7.

¹² *Ibid.*, Escena 57.

¹³ *Ibid.*, Escenas 42-44.

seres, para traspasar toda clase de fronteras en su afán de refundar al hombre y a su mundo, para arbitrar sobre la vida y sobre la muerte ignorando y contrariando toda ley natural. Esto es así porque no tienen conciencia del mundo como de algo hecho y dado por Alguien a Quien han de conocer a través de Su obra; porque no se sienten parte de ese mundo como integrándolo en una actitud de servicio mutuo; porque en su soberbia necesidad no se conocen a sí mismos como el ser humano que son, sino que actúan como si fueran dioses, de acuerdo con la falsa promesa de la serpiente: ... *seréis como dioses...*

En las palabras de la Obediencia aparece también el reconocimiento de una atadura, pero de inmediato se pone de manifiesto que esa atadura no es de suyo algo negativo, pues su valor depende de cuál, y cómo sea. Por eso pasa a decir que ese lazo la configura como el Ojo de Dios, obediente a Su Palabra creadora y velando por la obediencia de la creación toda a su Señor. No olvidemos que el verbo *oboedio* latino (obedecer) trae como primeras significaciones: “prestar oídos a, dar crédito a”, porque deriva de *ob* (lo puesto por delante, lo que está delante) y *audio* (oír), para culminar con el más conocido significado de “obedecer”, en el sentido de “dar cumplimiento con las obras a lo que se ha oído”. De ahí la conclusiva frase: Y así fueron creadas todas las cosas.

Sin embargo y ya desde el momento mismo de su creación una luminosa creatura, Lucifer, introdujo la desobediencia en el plan divino; pero al querer ser lo que no era – alzándose contra el mandato de su Creador– perdió su verdadero ser y apartó de sí la vida y su fecundidad. Contrapartida de esta soberbia desobediencia es la humildísima obediencia de María, quien en un acto libre entrega a la Voluntad divina toda su libertad, diciéndose “la esclava del Señor”: y así la Virgen se hace Madre de la Vida. Y es la Vida misma, el Verbo de Dios encarnado, Quien se hace fecunda fuente de vida para el hombre, para la Humanidad toda, cuando Su obediencia clama: “Mas no se haga Mi voluntad sino la Tuya”, aceptando la muerte más humillante, la muerte en la cruz.

En respuesta a la exaltación que de sí misma hace la Desobediencia: *si yo viera los árboles llenos de hojas, y si entendiera todos los cantos y las voces de los pájaros* y en la que pretende fundar el carácter absoluto de su autosuficiencia: *lo que veo y lo que toco y lo que entiendo con mis sentidos, esto es lo que debo hacer*, la Obediencia muestra su elevación que con mucho supera a la pretendida por su contraria, que finalmente ancla en la pretendida seguridad del mundo sensorial. Porque la Obediencia se compara a los astros luminosos que derraman su luz sobre la tierra, a las aguas que la recorren fecundando la vida, a la raíz que da sólido fundamento y sustento a las obras divinas, y al alma que anima al cuerpo. De las obras de la creación pasa al Creador, en la realización de Cuyos designios se afirma como voluntad que los cumplimenta y precepto que los rige. De ahí que su reproche a la Desobediencia enfatice la ausencia de la misma en la actividad divina creacional: *porque nada de esto hiciste, pero rechazas lo que Dios ha creado*, rechazo que toma cuerpo en la desobediencia al orden establecido por Quien es el Señor. Por eso la Obediencia termina su discurso anunciando el rechazo de Dios, cuando compara a la Desobediencia con las hojas secas de los árboles y a las escamas de los peces, cuya nota común es su carencia de humedad, humedad significativa de la *viriditas* hildegardiana, esto es, de lozanía, de vitalidad; ambas, hojas secas y escamas, son desechadas como lo que no sirve, lo que no es de provecho alguno, es infructuoso: es símbolo de muerte.

Pero en las palabras de la Obediencia hay una frase sobre la que quiero volver: “A la voz de Su Palabra resoné como una cítara...”

Dos consideraciones me parecen aquí interesantes. La primera de ellas, la idea del “resonar” en relación con la creación. Dios dijo “Hágase”, y la Obediencia recogió esa Voz y la hizo vibrar expandiéndola en los variados sonidos, en las diversas obras de la creación. Así Honorio de Autun, contemporáneo de Hildegarda, dice:

El supremo Artífice creó el universo como una gran cítara, en la cual puso como diferentes cuerdas para producir múltiples sonidos, distinguiendo en el edificio del universo dos partes contrarias entre sí. Pues el espíritu y el cuerpo –al modo como

un coro de varones y de niños producen un sonido grave y uno agudo—, mientras difieren en su naturaleza, convienen en la esencia del bien. Los órdenes espirituales mismos emiten diferentes voces: los Arcángeles preceden en gloria a los Ángeles, las Virtudes trascienden a aquéllos en honor, pero las Potestades las vencen en dignidad, y los Principados son superiores a las Potestades. Las Dominaciones los superan en gloria, pero no se equiparan a los Tronos en esplendor, y a éstos oscurecen los Querubines en ciencia y los Serafines en sabiduría. Todas esas voces resuenan a un tiempo con dulce armonía mientras, amándolo, alaban de común acuerdo a su Creador; y a cada uno le basta su propia gloria, sin que ninguno desee el don del otro. De la misma manera los seres corporales imitan las diferentes voces cuando se separan en diferentes géneros, en diferentes especies, en individuos, en figuras y en números: todos los cuales resuenan en buena armonía mientras observan la ley impresa en ellos como las voces claras en las melodías.¹⁴

Y este texto de Honorio nos trae a la segunda consideración que deseaba hacer, con la que vamos dejando atrás al demonio y sus engaños, y nos preparamos para el maravilloso encuentro que tendrá lugar el miércoles próximo, si Dios quiere. Porque se trata nada menos que de la música en el pensamiento de Hildegarda. Son innumerables los lugares en que la abadesa se refiere al tema, porque para ella la música es un medio privilegiado: para recrear la armonía que el hombre pierde muchas veces al día, para dirigir nuevamente hacia el cielo los corazones que han perdido su camino, para centrarlos en Dios como su punto de referencia. Al cantar y ejecutar música se integran espíritu, corazón y cuerpo, se pacifican las discordias, se celebra la vida y se tributa alabanza a Dios.

En su última carta Hildegarda afirma que la voz de Adán, bella y poderosa, era uno de los dones que había recibido para la alabanza a Dios, en unión con los coros angélicos. Al faltar a la obediencia debida a su Señor, la pérdida de la voz y de la alabanza formaron parte de su castigo, pero los hombres se esforzaron, una y otra vez, por recuperar la música —instrumental y vocal— que les volvía la memoria y el corazón al Paraíso abandonado, recreando la armonía perdida. Pues la música, la armonía, son esenciales a todo hombre, forman parte de su ser mismo, creado a imagen y semejanza de Dios, esto es, del Verbo encarnado. Porque en palabras de la abadesa de Bingen, “la palabra designa el cuerpo, pero la música manifiesta el espíritu: porque la armonía celestial declara la divinidad del Hijo de Dios, en tanto la palabra proclama Su humanidad.”¹⁵ Precisamente en esa carta, que escribió en 1179 a los canónigos de Maguncia —quienes por un tema muy serio habían puesto a Hildegarda y su monasterio bajo la sentencia de interdicción que, entre otras cosas, les impedía la celebración del Oficio religioso cantado—, expone su concepción de la música como medio para recuperar el paraíso perdido y, en él, la voz de la alabanza a Dios. Leemos la afirmación de las voces angélicas, a las que se unía la voz de Adán, entonando las divinas alabanzas en la gloria del Señor, en la morada primera del primer hombre. Y asimismo la memoria, el recuerdo de esa música procurado desde la composición musical y la invención de los instrumentos apropiados por parte de los profetas de Israel primero, y de los sabios y estudiosos medievales después, siempre bajo la inspiración del Espíritu Santo y para volver la atención de la mente, el deseo del corazón y también los pasos de la peregrinación no ya hacia el Paraíso perdido, sino hacia la Jerusalén celestial. Pero en la aseveración de que “en la voz de Adán, antes de su caída, residía el sonido de toda armonía y la dulzura de todo el arte musical” se afirma, no sólo el gozoso canto de las creaturas —ángeles y hombres— a su Creador, sino y principalmente que Dios mismo es armoniosa música, porque Adán fue creado a Su imagen y semejanza: la Voz divina plasmó la voz humana.

Puede parecer ésta una afirmación un tanto atrevida y sin fundamento; o bien, una

¹⁴ HONORIO DE AUTUN. *Libro de las XII Cuestiones* 2, PL 172, 1179B-D.

¹⁵ *Scivias* 3, 13, 12.

hermosa imagen, y nada más. Pero tal vez no sea así. Porque en el punto de partida nos encontramos con la armonía del universo, con la belleza del cosmos, con las perfectas proporciones de la creación divina, tal cual salió de la Voz de Dios: la creación toda, esto es el cosmos material, el mundo angélico y el hombre que los resume, es sinfónica, armónica música de voces diversas que entonan la alabanza a su Creador. Ahora bien, si la obra de Dios es sinfónica, ¿puede no serlo Dios mismo? Y si lo es, ¿cómo es eso posible? Tal vez la clave esté dada por el Logos, el Verbo, la Palabra creadora de Dios. En su *Comentario literal al Génesis* se refiere San Agustín a que “Dios dice eternamente todas las cosas por el Verbo –unido siempre al Padre–, no con el sonido de la voz ni con el pensamiento que se despliega en los tiempos de los sonidos, sino con la Luz coeterna de la Sabiduría engendrada por Él.”¹⁶ Curiosamente, y refiriéndose no ya al sonido sino a la luz la abadesa de Bingen utiliza una imagen similar en *El libro de los merecimientos...* 6, 27, donde menciona “una luz purísima y de inmenso fulgor, la cual era tan intensa y tan brillante que ni el ojo podría verla, ni oírla el oído, ni imaginarla el corazón del hombre”, como una manera de expresar lo inconcebible, lo inasible, lo inefable: porque no ver o imaginar una luz podemos entenderlo, pero... ¿no poder oír la luz? Sólo así puede expresar la incommensurable, infinita distancia que existe entre la obra de Dios y el medio por el que la creatura debiera recibirla, si eso fuera posible: pero el exceso de Dios supera toda proporción natural con el hombre. Por eso San Agustín en otro pasaje añade. “Pero lo que Dios dijo sin sonidos temporales, no puede decirse a los hombres a no ser mediante dichos sonidos.”¹⁷ Es decir que esa misteriosa Voz que es el Verbo divino, esa Palabra única de Dios dice las múltiples voces, todas las palabras de la creación, esto es las creaturas, que son las sonoras voces de la Voz insonora, la armoniosa expresión de la Música misma que resonaba en el Verbo antes que Sus notas y acordes fueran escritos...

... notas y acordes que, ya escritos, escucharemos con grata alabanza la semana próxima, si Dios quiere.

AZUCENA ADELINA FRABOSCHI

31 de agosto de 2011

Instituto San Ireneo, de Teología y Arte Sagrado

¹⁶ AURELII AUGUSTINI HIPONENSIS. *De Genesi ad Litteram Libri duodecim* 1, 4, 9.

¹⁷ *Ibid.*, 8, 3, 7.